

Abrazo con el alma.

Era una noche fría y lluviosa, de esas que bien conocemos en el sur de esta larga y angosta faja de tierra. No había dormido nada por la ventolera y los granizos que a ratos se hicieron sentir en las techumbres. Durante la madrugada, los goterones que se filtraban por el cielo falso de la casa desviaban su intento por cerrar los ojos y una discusión entre sus padres también le perturbaba. Sin poder conciliar el sueño, inició su jornada. Iba con retraso, porque como todos sabemos, el transporte se hace aún más dificultoso en días de temporal. Llegó corriendo hasta el portón y escuchó el sonido del timbre. Con las pocas energías que le quedaban y el ánimo a punto de desplomarse entró caminando hacia el hall, suspiró y avanzó con lentitud. Sabía que si llegaba después del toque del timbre tendría que esperar eternos quince minutos. Se quedó de pie, entre muchos otros cuerpos de estudiantes entumecidos y mojados, tal vez frustrados o desmotivados como ella, según apreciaba en los rostros pálidos y alicaídos que se amontonaban en la entrada principal. La sensación de humedad, sus pies congelándose, sus manos heladas cubiertas por la manga de un polerón humedecido y los ojos cargados de lágrimas que desde la noche anterior intentaba detener con todas sus fuerzas y especialmente ahora, antes que alguien lo notara. Pero, de pronto ocurrió el milagro.

Por la misma puerta entró su profesora. Ella también venía tarde. Por múltiples razones, el destino permitió que se encontraran. Una voz acogedora, seguida de un abrazo sincero, de esos que calan hondo y abrigan el alma por unos segundos y son suficientes para cambiarte el día. Fue como si la lluvia se detuviera en ese momento y la frustración desapareciera en ese mismo instante. En seguida sintió que una cálida lágrima corría por su mejilla, confundándose con su pelo mojado por la lluvia de la mañana. Agradeció con el alma el abrazo sincero de su querida “profe”, en silencio dio gracias al cielo por estar a salvo en su colegio. Se sentía reconfortada y lista para enfrentar el día.

Alejandra Cecilia Oyarce Orrego.

Colegio San Ignacio Concepción.